

formas, puede llegar a ser, ya lo es, un nuevo exponente de la interesante producción poética nacional.

EN TORNO A BOLÍVAR.

La lectura de algunas biografías de Bolívar y de su correspondencia (Vicente Lecuna: *Cartas del Libertador*, tomo XI, de 1802 a 1830, Nueva York, 1948) nos mueven a hacer algunas consideraciones sobre la personalidad de tan ilustre hombre americano. Como todo personaje colocado en el primer sitio de la Historia, Bolívar ha merecido estudios favorables y pamphletos condenatorios, sin transiciones.

El punto de vista favorable al libertador, en un estilo apologético, queda claramente expuesto, a nuestro entender, en los párrafos que a continuación se reproducen. El primero dice: «por ese, y por otros aspectos e innovaciones de su genio, Bolívar es en el sentido de innovación y modernidad, el primer hombre del mundo moderno, como Julio César fué el primer hombre del mundo antiguo». Este trozo pertenece al escritor Rufino Blanco Fombona, quien se ha señalado como un estudioso y crítico fervoroso de la vida, hechos y escritos de Simón Bolívar. Sus juicios son los de un apasionado adepto que le exalta hasta colocarlo en el sitio máximo de las grandes figuras históricas, de tal suerte que, ante su estatura, los demás hombres del Continente, tales Washington, San Martín, Miranda, O'Higgins, aparecen insignificantes.

El segundo fragmento, en el mismo tono indicado, corresponde a la pluma de uno de los críticos bolivarianos extranjeros, el francés Valery Larbaud, que dice: «Nadie puede compararse como hombre de acción en el siglo XIX; y como hombre de pensamiento iguala a los más grandes: Mazzani, Proudhon, Augusto Comte, Karl Marx»... Este juicio desproporcionado de Valery Larbaud complementa el de Blanco Fombona y ambos dan una visión idolátrica de Bolívar.

En cambio, el punto de vista opuesto, es decir, de ataque enconado, lo puede representar muy bien Carlos Marx. Marx, que se preocupó de conocer la estructura de la sociedad de su tiempo para explicar su mecanismo fué, además, un atento y avizor analista de los acontecimientos internacionales, de la misma manera que un estudioso de la historia universal. Entre los diversos trabajos que sobre estos tópicos dejara, existe un ensayo sobre Bolívar, redactado a base de una extensa documentación, aprovechando, especialmente, la que provenía de los oficiales ingleses que lucharon en la Independencia venezolana. Este juicio marxista sobre Bolívar fué publicado en castellano por primera vez, en la revista «Dialéctica», que salía a luz en Buenos Aires, dirigida por el gran humanista Aníbal Ponce. El esquema de Marx es implacable para tratar de demostrar que Bolívar fué un mediocre militar, un mal político, un representante típico de los intereses de la aristocracia criolla en lo que ésta tenía de más reaccionario. Marx solamente destaca los hechos criticables, o las flaquezas de Bolívar, pero no hace el balance de lo favorable, de lo que sobrevive, de su ardua empresa. Del mismo modo, no lo enfoca en la justa perspectiva de su época, de su medio y del carácter que tuvo la lucha por la independencia de América Latina. Tan cierto es esto que los fieles adeptos de Marx, los historiadores soviéticos actuales, han reconocido que, a pesar de los reparos violentos de Marx, Bolívar ha jugado un papel progresista en los hechos que dieron nacimiento a la independencia americana. Como toda figura histórica de contornos singulares y absorbentes, Bolívar determina, desde el primer momento que actúa, una controversia constante sobre las decisiones que llevara a efecto. Sin embargo, en su caso quizás la anterior situación haya cobrado una mayor beligerancia por ser natural de Venezuela y del trópico, lo que ha creado en su alrededor una literatura frondosa y exuberante con caracteres de tropicalismo, reñidos con la serenidad y objetividad que debe, en lo posible, tener la historia. Pasando por sobre esta enredada

y tupida red de juicios apasionados o equivocados, podemos enfocar con justeza la tarea que llevara a cabo este hombre ilustre por tantos conceptos y la cual arroja un saldo muy apreciable en su favor.

Si, en verdad, Bolívar tuvo una actitud muy oscura y turbia en la entrega de Miranda a las fuerzas españolas; luego, en los acontecimientos del año 1816; en seguida, en el fusilamiento de los generales Piar y Padilla y en muchos otros que enumerarlos sería adentrarse ya en el análisis detenido de su vida; es lo cierto, asimismo, que su gigantesca y obstinada labor para dar la independencia a su tierra y a los países americanos del Pacífico sur, es magnífica por su alcance y constancia. En la misma forma, su pensamiento guía en el sentido que América Latina se agrupara como una confederación de naciones republicanas y fraternas para desarrollarse y pesar en el plano de las relaciones internacionales es una aspiración aún por alcanzar y que los sucesos cada día imponen con más urgencia.

En su célebre Carta de Jamaica (escrita en Kingston el 6 de septiembre de 1815) se demuestra contrario a la Monarquía en forma terminante y piensa, por el contrario, que sólo la República es viable para este extremo del Universo. Estima que debían crearse 17 naciones confederadas en una poderosa y superior agrupación. Señala ahí la importancia de los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala, asociación poderosa, a causa de su magnífica posición entre los dos océanos, que con el tiempo sería el emporio del universo. Se adelanta a enunciar la idea de la construcción, en esa zona, de canales interoceánicos, porque así se acortarían las distancias del mundo y se estrecharían los lazos comerciales de Europa, América y Asia, trayendo a tan feliz región los tributos de las diversas partes del globo. Y piensa que acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra. En esta misma carta de Jamaica expone con nitidez su primitivo pensamiento político que se ha prestado, no obstante, para diversas interpretaciones, porque ha sido contradictorio para fi-

jarlo en sus detalles. Así piensa en dicho documento, que Colombia debiera tener un régimen republicano basado en un Ejecutivo electivo, tal vez vitalicio, aunque jamás hereditario y un cuerpo legislativo de libre elección. Estima que no conviene un sistema federal por exigir una cultura y una riqueza que aun no poseían esas tierras.

En esta célebre Carta emite un juicio extraordinariamente elogioso para Chile y su organización, que vale la pena recordar: «El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad: los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado: estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres: no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre» . . .

Las opiniones de Bolívar sobre nuestro país, altamente conceptuosas, constituyen un juicio profético con respecto a su destino, desde que Portales afirmara las bases del sistema que ha imperado. Es cierto que este juicio de Bolívar tuvo su contrapartida cuando en Carta del 11 de marzo de 1825, dirigida a general Francisco de Paula Santander, en Bogotá, habla del «desgobierno absoluto de Chile» por ese entonces. De cualquier suerte que se estimen las variaciones que haya experimentado el pensamiento de Bolívar con respecto a Chile el que formulara en la Carta de Jamaica guarda estrecha conexión con la realidad histórica nacional desde 1833 hasta comienzos del presente siglo.

Bolívar reafirma sus ideas republicanas en su famoso Dis -

curso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, cuando expresa: «Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la Monarquía y de los privilegios». Posteriormente, el espectáculo de la anarquía, de las ambiciones caudillescas, de los divisionismos localistas, lo hicieron modificar algunas de sus ideas. Aunque permaneció siempre siendo republicano le introdujo un contenido que se acercaba bastante a la monarquía. Así, por ejemplo, al estudiar las vicisitudes de la república negra de Haití, sumida siempre en un tremendo caos, encuentra la acción de Petion y Boyer aplicable a toda América, exclamando: «Prueba triunfante de que un Presidente vitalicio, con derecho para elegir el sucesor, es la inspiración más sublime en el orden republicano» (Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, fechado en Lima a 25 de mayo de 1826). Idea que nada tiene de republicana y democrática. Es la monarquía disfrazada levemente.

Con todos los reparos que puedan hacerse o las contradicciones que puedan existir en su vida y en sus pensamientos, la figura de Bolívar es de gran interés y su acción, de inmensas proyecciones.

DESDE LA ÚLTIMA VUELTA DEL CAMINO.

Pío Baroja prosigue regularmente la publicación de sus Memorias. Ha aparecido el tomo V, bajo el título de «La Intuición y el Estilo».

Parte importantísima de la producción barojiana está constituida, en su trama esencial, por las alternativas de su propia vida. Las vicisitudes de su infancia y adolescencia; sus estudios y lecturas; el ejercicio de su profesión de médico rural y de industrial panadero en Madrid; sus comienzos de escritor; sus viajes por las diversas regiones de España y a través de los distintos